

LA PRISA DE LOS LAICOS

DOS acontecimientos acaban de ocurrir en Roma. Y los dos han coincidido.

La gente —incluso los que escribimos— solemos ir alcanzados por el tiempo; y no pensamos bastante sobre lo que ocurre a nuestro alrededor.

Y, sin embargo, es preciso pensar. Quien no se para a hacerlo, es arrastrado ciegamente por la vorágine de la Historia. Mejor diría: es devorado por el correr de las cosas, más que por la Historia. Porque cuando no se piensa —que es cuando no se es hombre— nada acontece realmente, humanamente.

No vivimos hoy realmente, en nuestro mundo, sino que padecemos —más o menos pasivamente— lo que va ocurriendo. Y así nos va.

Los laicos —que según el Concilio— componemos el mundo, queremos ser cada vez más conscientes; pensar más sobre nuestras cosas, aunque no siempre la circunstancia sea propicia a ello.

Nos damos ahora cuenta —casi por primera vez— que Iglesia y mundo son una misma cosa. Congar —el dominico pionero de tantos avances católicos, que físicamente se nos está acabando— tiene prisa en estos meses por decirnoslo. «En el fondo —decía hace un año—, la Iglesia y el mundo son una misma cosa; pero de modo diferente, y con diferentes recursos. El mundo pone en marcha los recursos que tiene este mundo, inmensos, terrestres, ilimitados; la Iglesia pone en obra la luz y la gracia de Dios... La Iglesia y el mundo buscan una misma cosa; ¿cuál? el éxito del hombre. Y —por eso— hay que desmitificar ciertas representaciones de la salvación que no nos dejan ver que precisamente es el hombre, que justamente es el mundo, los que son salvados» (*Journal de Pax Romana*, número 6, 1966).

Sin embargo —no debemos ocultarlo— todavía estamos —incluso algunos que hacen figura de avanzados— defendiendo una interpretación medievalista de la Iglesia: pensamos que hay dos ciudades visibles, y que una está —al menos en algunos casos— al servicio de la otra. Cuando en realidad las dos se implican mutuamente en la ciudad terrestre (y divina si es plena y profundamente humana) que Jesús ha querido; y que están al servicio del hombre, aunque abstractamente las distingamos.

ESTA es la reflexión que estos días romanos del Congreso de Laicos y del Sínodo de Obispos me ha surgido, mientras íbamos corriendo de aquí para allá, asistiendo a reuniones, grupos de trabajo y discusiones, con motivo del III Congreso Mundial de Apostolado Seglar.

Yo no sé si a los lectores les interesa este Congreso; pero debía interesarles. Porque allí había 3.000 enviados de 103 países del mundo entero, representando —en alguna manera— las inquietudes del laicado católico. Lástima que, a pesar de los esfuerzos hechos para ampliar lo más posible la representatividad —como ocurrió con las dos representaciones españolas—, no se haya logrado todo lo que debería haberse conseguido.

Pero me interesa hacer constar una cosa: si las conclusiones, o decisiones mayoritarias del Congreso, han sorprendido —o sorprenderán— a algunos conservadores (católicos o no-católicos), es porque desconocen el movimiento ascendente que se está produciendo en la masa de todo el mundo católico.

Si parecen avanzadas algunas cosas del Congreso —algunos en nuestro país casi se han rasgado las vestiduras ante ellas—, pensemos que se quedan muy cortas ante lo que hubieran dicho los católicos más inquietos que de Norteamérica, Inglaterra o de Holanda no han venido, porque no pertenecían a ninguna asociación de apostolado.

Si un hombre tan equilibrado como Ruiz-Giménez ha podido dar esa amplia sensación, es porque en Roma se ha hablado claro, y él ha sido vehículo de las inquietudes —que no son todas, ni mucho menos— de la parte más tranquila del catolicismo mundial. Parte que —desgraciadamente para nosotros, para nuestro lento ritmo católico español— parece ir todavía demasiado deprisa.

En estos días de Ciudad Eterna nos hemos percatado de una cosa: que el cristianismo es algo dinámico, y no estático, parado, renqueante —como algunos querrían hacerlo—. Es algo vital, que exige, por tanto, la urgencia. Y quien quiera quedarse atrás —en eso— no es cristiano.

Los laicos tenemos prisa en la Iglesia con toda razón.

TANTA prisa tenemos que un obrero americano —uno de los pocos obreros allí presentes— pidió —y nadie se asustó por ello— que se elaborase con toda urgencia una Teología de la revolución. Porque el mundo actual necesita una transformación tan radical de todas sus estructuras, que no podemos a este hecho llamarlo más que con una sola palabra: revolución.

Y esto a pesar de que pensamos muchos que el cristianismo —he ahí su paradoja— es «no-violento».

Esta petición —de una teología de la revolución— ha ocurrido durante la segunda parte del Congreso, porque la primera parte fue lenta, vacilante y poco comprometida en buena parte. En cambio el tiempo jugó a favor de una toma de conciencia valiente y viva por parte de los seglares.

Sin duda, incidentes como el del bienintencionado Cardenal Roy —presidente del Consilium de los Laicos— dieron lugar, en forma de positivo revulsivo, a que los seglares allí presentes reaccionásemos un poco más vivamente.

Corrió la noticia de que el Cardenal había reunido a los Obispos asistentes al Congreso, y les había dado severas instrucciones de control ideológico de los laicos, cuyas notas negativas debía transmitir a la Comisión doctrinal del Congreso.

Inmediatamente los seglares —la mayoría— reaccionaron contra ello; y se sintieron disminuidos en el margen de confianza y libertad que se nos dice —a veces sólo teóricamente, y en otras ni eso— que tenemos en la Iglesia.

Al día siguiente el purpurado tuvo que arriar bandera y aclarar que no quería nadie coartar la libertad de los «carrefours», donde se discutiría libremente; sino impedir que los Obispos se sintieran obligados a intervenir en ellos —cuando estaban presentes—, poniendo —como acostumbra en sus diócesis— a poner las cosas en su punto. Sin embargo, hay que reconocer que el procedimiento de evitarlo resultó un poco confuso; porque en último extremo —aunque de hecho no se cumplió— se preveía un control de alto nivel, si bien éste haya sido muy tolerante.

Pero no se trata de tolerar, de condescender. Queremos los seglares que se exprese libremente, y siempre, nuestra voz. Y que los pastores tengan paciencia, y no estén añorando las condenaciones de otros tiempos. Sólo con la voz del pueblo creyente, bien oída y atendida, llegaremos todos —los de arriba y los de abajo— a vivir más hondamente el «sentido de la fe», que todos los fieles poseemos, y que en la historia de estos últimos años estaba muy olvidado.

Errores siempre —con lentitud o con prisa— habrá; pero es preferentemente la vida y la historia la que debe encargarse de corregirlos.

OTRO problema que allí se ha planteado claramente: el de la paternidad responsable. Unos querían que el Magisterio decidiese pronto, y comprensivamente a ser posible; otros —los más, como se vio en la Asamblea General—, que, sea cual sea la orientación que dé la Iglesia, los medios técnicos a emplear en la paternidad responsable quedasen siempre a la conciencia de los cónyuges, ayudándose del asesoramiento médico debido, si fuese necesario.

Una conclusión muy interesante ha sido también la de pedir —como informa el prudente periódico *La Croix*— «reconocer hasta en el derecho canónico la validez del matrimonio civil, y tener una verdadera caridad y ayuda cristiana a las parejas ilegítimas». Porque —queramos o no queramos— ése es un problema agudo. Y en algunos países de América, el 72 por ciento de los hijos —como en Venezuela— son ilegítimos.

por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

También ha sido muy significativo del deseo de auto-promoción que existe en el mundo actual, expresado en la petición —acogida calurosamente— de una señora que dijo tener vocación sacerdotal. Afirmó que mientras exista la discriminación entre hombre y mujer respecto al orden sagrado, la Iglesia no da con ello ejemplo de igualdad entre los sexos. Petición que fue acogida; y se redactó una propuesta de estudiar doctrinalmente la posibilidad de acceder a la mujer al diaconado y presbiterado.

Y, en medio de toda esta tensión y vida, tuvo lugar la Misa concelebrada por el Papa, los Cardenales y Obispos, en San Pedro, el domingo día 15. Y el discurso de Pablo VI a los seglares que —más o menos, según el gusto de los oyentes— abre unas perspectivas para el porvenir en su primera parte, pidiendo confianza para los seglares por parte de la jerarquía; perspectivas —que otros ven cerradas en la segunda parte— en las que quiere el Papa que coonestemos con la autoridad de la Iglesia esa confianza. Pero algunos —españoles más conservadores, o extranjeros más avanzados— han interpretado este discurso —por diferentes motivos— como un toque de alarma al Congreso. Ruiz-Giménez, sin embargo, en la clausura, y representando el sentir católico mundial allí expresado, ha propuesto con mesurada palabra una fórmula razonable, que «los laicos no queremos constituir un sindicato contra la jerarquía, sino que pretendemos la coparticipación en una Iglesia jerarquizada y democratizada, rehusando —al mismo tiempo— la anarquía y el autoritarismo».

Y se atrevió a decir, a todos los remisos y temerosos, al rebaño de prudentes y tímidos: «hombres de mucha fe, ¿por qué dudáis?; porque nosotros, seglares en la brecha, con nuestra fe vacilante, erosionada por la vida, agónica más de una vez, pero que se reanima y quiere vivir..., nosotros tenemos la viva esperanza de que el pueblo de Dios camina, tiene que caminar a la cabeza de la enorme caravana de los hombres». Y —añado yo—: ojalá que todos lo comprendan en el mundo católico, y sea así de una vez.

Los tres discursos: el de apertura del moderado holandés Kerstiens, el intermedio del Padre Congar, O. P. (leído por otra persona, ya que este teólogo no pudo asistir, a causa de su arterioesclerosis), y el final de Ruiz-Giménez, fueron —dentro de su equilibrio moderado en comparación con muchas de las cosas que se dijeron en los grupos de trabajo— abiertos, no obstante, para lo que podía esperarse de un Congreso como éste.

Este gran Concilio de los Seglares —como lo ha titulado con toda razón el Padre Arias— es un Congreso que debe llevarnos a reconocer que «Dios no ha muerto; pero que muchos hombres con nuestro silencio ante la injusticia, lo matamos» (Ruiz-Giménez). Por eso los congresistas han pedido una Iglesia que dé mayor testimonio de justicia en el mundo. Porque la Iglesia —obispos, clérigos y seglares— somos demasiado remisos, para el deseo de la gente, en buscar la justicia social, la de toda la sociedad occidental; somos temerosos, callados, apagados, «bueyes mudos», en otro sentido muy distinto al que le echaron en cara a Tomás de Aquino.

Incluso queremos llegar a que haya «un verdadero movimiento de catolicidad, que constituya al romanismo y al exclusivismo occidental» (conclusiones de la 2.ª serie). Y queremos hacerlo «con mayor comprensión para los cristianos —clérigos y seglares— que están en mayor contacto con el mundo moderno, que buscan nuevas formas para expresar el Mensaje, y de los que más desconfían a menudo las autoridades de la Iglesia» (idem). Réplica cariñosa, y audaz, sin duda, a las suspicacias expresadas por algunos jerarcas durante el Sínodo que ha tenido lugar en Roma al mismo tiempo.

Esta publicidad, clara y sin rebozos, este diálogo público que al fin ha conseguido el Congreso —entre él y los Obispos reunidos en el Sínodo—, es el diálogo que pedimos los seglares con la jerarquía; y que queremos que no se corte ni coarte, con minucias jurídicas o excesivos temores doctrinales. Los 3.000 seglares venidos de todo el mundo han dado ejemplo de ello, y nosotros debemos —cuando se termine el calor de estos momentos— continuar dándolo.

Roma, octubre 1967.

Terlenka[®] proclama la libertad de moda



Luzca los nuevos trajes TERLENKA.— Clásicos o avanzados, abiertos o cruzados. — Elija libremente dentro de la elegancia TERLENKA.